

FIGURAS DE CERA, DE JUAN GARCÍA ABELLÁN

JOSÉ MARIANO GONZÁLEZ VIDAL

Este ritual que me toca oficiar y que hoy concelebramos –la presentación de un libro de Juan García Abellán– tiene para mí, y creo que también para todos nosotros el familiar, entrañable y casi rancio regusto de lo consabido. Hoy por ti, mañana por mí, Juan y yo hemos toreado juntos muchas tardes en este lance de presentar libros. Al alimón y mano a mano hemos encarado de frente y por derecho el toro siempre incierto de un nuevo libro, suyo o mío, en el ruedo murciano de las letras. Presenté su biografía de Antonete Gálvez –una tarde gloriosa en el Club de Prensa, vuelta al ruedo, orejas, rabo y pata–, prologué sus leyendas murcianas seriadas en *La Verdad* y solapeé su *Murcia entre dos calles*. Toma y daca, las certeras y afiladas tijeras literarias de Juan cortaron las solapas de mi primer libro, que él reputó de mosquetero, prologó mi *Murcia bus stop* y contestó mi discurso de ingreso académico. A lo que cuento, lo mío con Juan era el prólogo y la solapa –que es el prólogo del prólogo–, oficiar de prologuista oral o escrito, anunciar al maestro como hiciera San Juan. De su mano, ya lo he dicho, ingresé en esta Academia. Otra, aun siendo la misma. La Academia de Antonio Pérez Gómez, de Paco Alemán, de Mariano Baquero, de Antonio de Hoyos, también la de mi lazarillo académico Juan García Abellán, amigos y compañeros a quienes tanto y con quienes tanto quisimos. Me cupo la honra de ofrecer a Juan y los suyos el homenaje de la Institución y de sus colegas, el merecido tributo a una vida vivida para el noble arte de la escritura. De su mano entré en esta casa y hoy quieren los hados que sea la mía la que componga el triste ademán del adiós a Juan García Abellán. Y que mis palabras, sólo adiestradas en prólogos, rubriquen ahora el epílogo –últílogo, diría Juan– a su obra literaria glosando su último libro.

Figuras de cera es un libro paradigmático. Un título de castizas resonancias celtibéricas, enraizado en Baroja, Solana o Cela, pero, sobre todo, es un libro proustiano. Pensaba Proust, casi al final de su obra, que el hombre, limitado en el espacio, es infinito en el tiempo mediante la imaginación y la memoria. También la memoria de un tiempo. Y hay

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"



que recurrir a la pequeña historia, la *petite histoire*, esa que agavilla flores menores pero de más intenso aroma para la pituitaria, que en esa glándula dice Proust que reside la memoria involuntaria. El pasado, recordaba Ortega, tiene sex-appeal y es voluptuosa sirena.

De la cruz a la raya *Figuras de cera* es un libro arquetípico, la síntesis antológica del mejor y más fiel a sí mismo Juan García Abellán. Aquí está su fascinación por ese mundo sepia que casi tocamos con los dedos en las penúltimas esquinas del tiempo. Un tiempo cuya herida había hechizado ya a Juan desde su juventud, cautivado y seducido por el canto voluptuoso de las sirenas de la *belle époque*, del *fin du siècle*, de los locos, felices y turbulentos *twenties*, esos mitos melancólicos que han nutrido toda una generación, la de Juan García Abellán. En este libro se proclama una vez más nostálgico, sin rubor, sin falsas, pudibundas ni vergonzantes coartadas de la llamada nostalgia crítica. Lo que llamamos nostalgia es asunto tan sugestivo como quizás desacreditado, cuando se vive un afán iconoclasta y destructor del tiempo pasado, un tiempo que se da definitivamente por perdido, un tiempo antiproustiano que no importa recobrar. Por ello he dicho, y repito, que este libro de Juan es un libro proustiano, el libro de un tiempo ido y recuperado, páginas para leer al costado de un desnudo dannunziano de Isadora Duncan a la luz tenue y rosa de una tulipa *art déco*. Toda nostalgia es una escapada, una huida que nos pone a salvo del presente, esa isla desierta a la que arribamos como feliz salvamento de un naufragio.

En estas páginas se nos cuenta la crónica sepia de Murcia narrada por un naufragio del siglo XX. Es curioso que ahora que se cumple el centenario del 98, sólo nos quede la Chelito, una de sus musas. Juan García Abellán no es un nieto del 98, su visión y su estética provienen del modernismo, también su moral decorativa del cambio del siglo. Del Modernismo se ha dicho que fue una estética y una lírica y una moda y casi una épica que cambió la forma de las lámparas, las medidas del soneto y el culo de las señoras. Juan García Abellán sucumbe a la fascinación de ese mundo de marquesas y barones, con be, de mariquitas y sarasas, de mundanas, *demimondaines* y fricatrices, que diría Miguel Espinosa. (Por cierto, quiero recordar que Miguel Espinosa enjuició *Murcia entre bocado y trago* como uno de los grandes libros murcianos del siglo). Bulle por estas páginas el dandismo de Enrique Martí, la chifladura del viejo forestal Codorníu, la lánguida decadencia de Fernando Díaz de Mendoza, ilustres murcianos. El paso por la ciudad de Ilya Ehrenburg, el espectro de André Gide en la Trapería o los vuelos de André Malraux, aviador en Alcantarilla. Resuenan las notas del piano de Sofía Salomé Herold, evocando sus veladas con Paderewski o Stravinsky en su piso murciano de la calle de la Gloria, y los gorgoritos de Berta Singerman, esa serpentina lírica, recitando a Rabindranath Tagore y Alfonsina Storni en las noches líricas del Romea. No faltan los monstruos y prodigios en esta nómina de raros y extravagantes fugaces habitantes de la ciudad, una fauna de estafalarios esperpentos tan cara al autor: Don Néstor Luján, caballero portugués y Hombre Mosca, escalador de alturas urbanas, o el llamado General Mil Hombres, famoso fenómeno de cuatro palmos de alto. César González Ruano había dicho: "Me hubiera gustado ser monje, soldado o murciano" y Juan lo retrata en las terrazas del Hotel Victoria, fumador de cigarrillos egipcios, mirón de la gente que va y viene por el Puente



Es un paisanaje efímero y adventicio que puebla y anima las horas tediosas de una Murcia levítica, dormida en su letargo de siglos. Esa tropilla que Juan García Abellán atrapa en las redes de sus páginas la despierta y sacude de su modorra provinciana. Los music hall, los cafés concert, los cafés cantantes y de camareras murcianos trepidan cuando actúan la *Cachavera* y otras musas sicalípticas. Esas macizas de su tiempo que se llamaron la *Fornarina*, la *Bella Oterito* o la *Sultanita*. Hay un regusto frívolo, de añoranza cosmopolita, por lo secreto, golfo y canalla, y a un cartagenero de nombre Arsenio Marsal le cabe la gloria de inaugurar el travestismo profesional en España. Edmond de Bries, su nombre de guerra, brilló en el arte cupletero por sus gasas, tules, encajes y abalorios, encandilando al público en sus papeles de muchacha tímida y locuela.

De este averío multicolor y variopinto, que sobrevuela las páginas del libro, destaca el plumaje deslumbrante de garza o ave del paraíso de una mujer: Gloria Laguna, marquesa de Laguna y condesa de Requena. Refugia su soledad y su melancolía en su chalé de las Cuatro Piedras, en la Albatalía, olvidada de su ramalazo madrileño, equívoco y mundano. Le sirve fiel y fervorosamente su valet Pedrito, manflorita famoso, sodomita y gomorrita, que diría Camilo José Cela. Cansinos Asséns retrata a Gloria Laguna: “era morena, pequeñita, pizpireta y con aire y voz varoniles”, “muchacha desenvuelta e ingeniosa”, dirá Antonio Espina. Gloria Laguna participó en una corte madrileña de chulos, hetairas, torerillos, proxenetes, una pequeña y deslumbrante corte de lesbianas, marusas, sarasas y mariquitas brillantísimos. Es otro mundo de los Guermantes y Juan García Abellán, neoproustiano, lo recrea con su prosa más acerada y lírica, descarada, falsamente frívola y venialmente cínica. A esa corte madrileña de Gloria Laguna pertenecía Tórtola Valencia, ese “ensueño oriental de lo divino”, que decía don Ramón del Valle Inclán, y que visitaba a la marquesa en Murcia en su chalé de la Albatalía. También Olimpia d’Avigny, cupletista italiana, lesbiana, rodeada de gatos y famosa por la *Flor de romero*, un cuplé que terminaba: “A mí me causa algo de espanto el amor por falaz, engañoso y trapacero...”. El príncipe de esta corte era el marqués de Vinent, “un hombre completamente sordo como un gato de lujo, sobrino literario del marqués de Sade, voyeur que paseaba su *monocle* de concha rubia por los últimos cafés cantantes madrileños...”. El marqués de Vinent es personaje de moda en el revival del modernismo a que asiste nuestra literatura actual. Lo lanzaron Cansinos Asséns, Antonio Espina y González Ruano, amén de Valle Inclán y Gómez de la Serna. Ahora lo airean Luis Antonio de Villena y Juan Manuel de Prada. Juan García Abellán se anticipó a ellos y su prosa no queda de cretona, como decía González Ruano de los pornos de la belle époque, sino viva y actualísima, desenfadada y tierna, contenida en los umbrales de la nostalgia y esquivando con un guiño de comedido descoco las asechanzas sensibleras de la melancolía. Juan era un sentimental –todos los que le conocimos y quisimos lo sabemos– que procuraba, casi siempre en vano, disimularlo.

Dije al comienzo de mis palabras que, por honrosa encomienda de esta Academia, me cupo el honor de ofrecer a Juan García Abellán y a los suyos –Ángela, María José, Pepe y los nietos– el homenaje en vida que sus méritos literarios le otorgaban con todo rigor y justicia. Hoy, en este epílogo, renuevo, en nombre de mis compañe



ros y mío propio, el emocionado reconocimiento al amigo entrañable, al murciano de corazón y al escritor de raza que fue Juan. Este libro, *Figuras de cera*, es su testamento literario. Su lectura será el mejor tributo de amistad y afecto, el talismán prodigioso para que Juan García Abellán permanezca siempre vivo en nuestro recuerdo.

